



Comisión 8

Índice

1. Los visitantes. Carla Berretta
2. Insomnio. Rocío Ceron
3. Misterios gozosos. Marianela Daraio
4. Ninguna similitud con Narnia. Julieta Del Giovannino
5. Tiempo parado. Sara Gareca
6. 27 de octubre. Francisco López Armengol
7. El Ángel de Canterville. Federico Martínez Beligoy
8. No puede ser cierto. Jenny Morán
9. El niño y su don. Lucas Nuñez
10. Los sueños me lo advirtieron. Natalia Palavecino
11. Renací. Ezequiel Riveros.
12. Sesenta días de algo más. Giuliana Salas
13. ¿Vamos a jugar un juego? Facundo Telleri
14. El viaje de la discordia. Mario Triviño
15. Muerto al nacer. Nicolás Troncoso
16. No se trataba de un aviso clasificado. Romina Yañez
17. La libertad más que nada. Pablo Yeza

Los visitantes

Carla Berretta

La nave venía traspasando la atmósfera terrestre. Sabían perfectamente dónde dirigir las coordenadas. Todo estaba planeado. Llegó el momento de contactar con los humanos. Asegurarse la comunicación. Estruendo. Aterrizaban en los jardines de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social. La población de la Facultad se agolpaba en las ventanas. Nadie se atrevió a salir. En diagonal 113 y 63 se produjo un choque automotor al quedar sus conductores boquiabiertos ante tal espectáculo.

Comenzaron a descender. Tenían apariencia humana: piernas, brazos, cabeza, piel rojiza. Sus mamelucos impecables hacían resaltar el color de su piel.

Dentro del edificio, todas las secuencias posibles se iban sucediendo. No olviden que la nave aterrizó en la Facultad, por lo cual cámaras, micrófonos y celulares comenzaron a registrar la circunstancia. Mas lo desconocido siempre provoca temor, nadie salía al jardín. Llamó la atención un grupo que con insistencia proponía abrir las puertas, invitarlos a entrar. Otros votaban por llamar a alguna fuerza de seguridad. Mientras estaban los que buscaban los escondites más seguros había que detener a quienes querían salir.

Ellos, inmutables, recorrían el jardín. Conversaban. Esperaban invitación para entrar. Hubo asamblea, se votó, y la curiosidad pudo más que el miedo.

El grupo que propiciaba la apertura de la puerta se aventuró a salir. Se acercaron y se saludaron tranquilos. El resto de a poco se fue atreviendo.

Hubo asombro al constatar que conocían nuestro idioma. Como el clima no era bélico, la fiesta colmó los jardines. Cámaras, grabadores, reportajes, intercambio de comestibles y música se fueron sucediendo con el correr de las horas.

En el medio del intercambio cultural aquellos estudiantes que propiciaron el encuentro desde el minuto uno dieron la sorpresa última. Se sacaron una piel adicional. También eran rojizos. Durante dos años estuvieron camuflados en la Facultad, absorbiendo costumbres y usos.

El desafío estaba echado. Había que implementar una estrategia mediática para presentar a nuestros visitantes al mundo para que se incorporen a nuestra sociedad en paz. Se intuía el prejuicio humano. Era un reto importante. El mejor.

Insomnio

Rocío Ceron

Era una madrugada cálida, se escuchaban los grillos y unos perros a lo lejos. Rebeca, una adolescente un tanto perturbada, se encontraba despierta. El insomnio se había apoderado de ella hacía semanas. Acostada en su cama, en la oscuridad casi absoluta de su cuarto, miraba fijamente un *sticker* luminoso que estaba pegado en el techo.

De pronto, los grillos y los perros dejaron de resonar y el silencio se apoderó del cuarto. Rebeca, algo asustada, temía sacar la mirada de aquel *sticker*. Sintió frío, se le helaron los labios y en cuestión de segundos comenzó a ver que el brillo en el techo comenzaba a irradiar más y más una luz blanca y cegadora. Notó el vapor que salía de su boca por el frío que invadía el lugar.

Todo se iluminó y sintió un grito ensordecedor, parecía un hombre cantando ópera. Duró unos segundos y cesó.

Rebeca, aturdida, salió de la cama para echar a correr, pero en cuanto puso un pie en el piso, unas manos heladas la sujetaron con fuerza, forzándola a bajar y cayó. Luchó, pero fue en vano. Las manos le cubrían el rostro.

Estaba por entregarse a la muerte y, de repente, la luz blanca viró a tenue y cálida. Era su madre encendiendo la luz de su habitación.

—Rebeca, ¿te parece ópera a esta hora?

Rebeca estaba acostada en su cama. Abrió los ojos confundida. ¿Había sido sólo una pesadilla?

Misterios gozosos

Marianela Daraio

No lo pensó. En el momento que tuvo que elegir un nombre, forzada por la costumbre o por la falta de imaginación, eligió llamarse Juana. Al no ser una persona particularmente aficionada a las cavilaciones, a lo largo de su vida muy pocas veces se había detenido a pensar en ese día. Aunque tiempo le sobró: las noches penitentes pueden ser muy largas.

La parroquia estaba desierta y Sor Juana se encaró al púlpito, que a esa distancia emanaba una suerte de luz amarillenta. Con gesto suave y sereno, se encaminó hacia allí, recorriendo entre las naves de la parroquia como tantas otras veces a lo largo de aquellos años. Era una mujer pragmática, de pensar práctico. Por eso tampoco se detuvo a pensar cuántos estados de ánimo diferentes la habían acompañado en esa caminata, de sobra conocido, y la distancia que los separaba del que la invadía esa noche.

Elegió el segundo banco de la nave izquierda, se arrodilló sobre la madera otrora oscura y luminosa e inició una plegaria preparatoria al tiempo que sonaba un rosario de cuerdas manoseadas y amarillentas. Comenzó con el primer misterio, más como forma de pasar el tiempo que por verdadera devoción. Hacía muchos años que su fe se había diluido. No obstante eso, avanzó por el rosario, cuenta a cuenta. Era jueves, día de los misterios gozosos.

A la altura del cuarto misterio, oyó pasos que se apresuraban hacia ella. No abrió los ojos. Había tenido más de treinta años para reconocerlo por su forma de andar. Esa habilidad se había desarrollado en su infancia, y siempre había preferido cerrar los ojos. Le pareció verlo erguido, seguro, siempre un poco apurado. Tampoco abrió los ojos cuando lo sintió tomar asiento a su lado, tan cerca que podía percibir el olor que emanaba de su cuerpo y oír que carraspeaba levemente para llamar su atención.

Terminó el quinto misterio de su rosario, se persignó y se sentó nerviosamente, frotándose un poco las rodillas por encima del hábito. Tenía los ojos abiertos, pero no lo miró. Permaneció en silencio mirando cómo los bordes de la sotana de él colgaban lánguidamente a su lado. Finalmente, fue él quien rompió el silencio.

—Lo saben, Juana.

—Aún no.

—Pero lo van a descubrir. Parece que no te importara—. Su voz temblaba ligeramente, dejando ver la ansiedad que lo sobrecogía y lo angustiaba. Juana se permitió paladear el miedo de aquel hombre, haciendo una pausa.

—Es que no me importa, padre.

—Juana —dijo con crispación o impaciencia en aumento —tenés que entender que al final de todo, cuando lleguen los registros de ese año...

—Van a preguntar por Juan Maidana —lo interrumpió —y se van a encontrar con que no hay registros de Juan Maidana desde 1981. Y cuando pregunten en el orfanato, les van a decir que no supieron nada de ese nene “medio raro” que andaba todo el día pegado al Padre Luis. Sé perfectamente lo que va a pasar. Tarde o temprano van a llegar a esta parroquia del interior, por más inhóspita que parezca. Y cuando lleguen y me pregunten, no voy a mentir. Sé lo que va a pasar, Padre, y no me importa.

—Vas a perder toda tu vida, Juana, tu vocación de servicio.

—No quiera hacerme creer que se preocupa por mí. No fue a mí, sino a sus vergüenzas a las que hace treinta años escondió en este pueblo.

—No me culpes. Desde los seis años decías que querías ser monja. No cura. Monja.

—No hay nada que hacer, Padre. Van por el 78, pero ya van a llegar.

—Sí, van a llegar.

Durante toda la conversación, Sor Juana se mantuvo con la cabeza baja y los ojos cerrados. Había adquirido esa costumbre cuando estaba en presencia del Padre Luis muchos años atrás, en el orfanato. De no ser por eso, habría visto el arma temblar en la mano del cura y, quizá, por última vez, ver la luz de la luna entrar por los ventanales de su parroquia.

Ninguna similitud con Narnia

Julieta Del Giovannino

Mis veranos en Tandil suelen ser tranquilos. Eso sí: mucho calor y sensación de pegoteo. Lo bueno de todo esto es que sos la visita y te dan todos los gustos. ¡De comestibles ni hablar! De esa parte se encargan mi abuela, una vieja espectacular con una casa de techos gigantes, puertas marrones bien oscuras del año 45, pasillos angostos y húmedos, enorme patio con tanque de agua llovida, metros y metros de pasto, plantas, árbol de mandarinas y un altísimo laurel.

Dejando de lado el exterior de la casa y volviendo al interior, estar en las habitaciones es un desafío porque todo lo que tenés a la vista es muy antiguo: libros, cofrecitos, rosarios, santos, estampitas, vírgenes... Una sensación entre lo místico y lo tétrico, ya que mi abuela es súper devota de todas esas cosas. También tiene un gato muy feo, y así comienza la cuestión negativa de la historia.

Esa tarde de verano me quedé con mi abuela, después de un excelente almuerzo de esos que te hacen comer más de lo debido y como corresponde. Me fui a dormir una placentera siesta a su terrible habitación santificada de cosas. Me encanta ese ritual. La habitación de mi abuela tiene tantas historias, desde frazadas antiguas y su piso de parquet que rechina cada vez que entrás. En fin, me dormí, pero enfrente a mis pies estaba el ropero: grande, viejo, alto; nunca cerró bien y esa tarde menos.

Soñé que mi abuela me gritaba y para colmo los gritos de los viejos son ampliamente graves. Yo dormía pero tenía una pesadilla. Volví a escuchar el grito varias veces más y de repente la siesta duró un minuto. Me desperté. Las puertas del ropero estaban abiertas. El gato estaba enganchado y mi abuela, desde su patio, buscando al gato, que se había escapado y que en realidad se había escabullido en ese ropero que se mimetizaba con su cola.

Tiempo parado

Sara Gareca

Todavía recuerdo cuando cumplí 21 lo que me dijo mi mamá: “yo a tu edad estaba casada”. Aún no logro interpretar si estaba compartiendo un recuerdo conmigo o si quería conmovirme de alguna manera.

Con el tiempo, la insistencia de mi familia, aunque lo tomábamos como chiste, se volvió pesada. Año tras año con las típicas preguntas: ¿cuándo iba a dejar la vida de soltera? Y con el tiempo otra pregunta fue surgiendo: ¿no pensás tener hijos?

A pesar de que siempre dejé clara mi postura sobre formar “mi propia familia” creo que no lograba captar mi mensaje. No tengo la necesidad de adelantarme, o como hacían algunas mujeres a lo largo de la historia, que buscaban marido desesperadas.

Pude conocer a diferentes parejas y ver cómo se apresuraron y comenzaron a vivir la convivencia y el resultado fue un desastre. No quiero decir que a todos les pasa lo mismo, porque sé que muchas parejas funcionan como una, o jóvenes con hijos que hacen muy bien el trabajo de padres.

Simplemente me tomo mi tiempo, nada más simple que eso. Creo que mientras más presiona la sociedad, menos ganas me da de satisfacerlos. Sería ideal que se den cuenta que no hay edad para casarse o comprometerse con alguien.

Gracias a estos mandatos soy la diferente de la familia. Pero de a poco van entendiendo que no pueden esperar mucho de mí respecto de este tema, aunque me apoyan. Además no me niego ni descarto la idea de tener una familia propia, simplemente tengo mi tiempo y mis prioridades.

27 de octubre

Francisco López Armengol

Fue una terrible noche, se nos fue la mano con el escabio. Según mi vieja, el mejor día de su vida fue el 26 de octubre de 1998. Para mí también fue el 26 de octubre del 19,98 que me dio el control de alcoholemia. Me mandé terrible previa en casa; si con la música que pusimos y los ruidos no maté al vecino, pegó en el palo.

Veo a cada uno que vino a despedirme en el velorio, llorando, tristes, y yo ni siquiera los había invitado a la previa. La verdad, bien muerto estoy, merezco ir al infierno... Como los otros que se hacen llamar amigos y llevaron fernet marca Vittone y vodka Siberia... ¡no podés! Si siguen tomando eso nos vamos a cruzar dentro de poco tiempo.

Para mí, la causa de mi muerte no se debe al alcohol en sí. O sea, yo choqué, estaba en pedo y lo admito, pero si ustedes escucharan las canciones de reggaetón que pasaban en la fiesta, también se hubieran muerto.

Lo que ayudó a mi muerte fue el vino en cartón, ese horrible que seguro no lo toma ni el cura que está hablando con mi viejo y mi hermano en este momento.

Mi abuela materna está llorando sin consuelo. ¡Qué pena me da! Menos mal que la vieja no se enteró que esa noche en el auto me la pasé escuchando a esos músicos “drogonos” que tanto critica. Si le llegan a contar mis amigos las cosas que hacíamos, creo que me va a cachetear en la tumba. Lo otro que no logro entender: todos están con trajes, muriéndose de calor. ¡Al pedo! Y mirá que abajo, donde me va a tocar estar, debe hacer un calor tremendo, pero acá también está bastante igual. Además, ¿qué ganan con el traje? ¿Es por respeto? ¡No sean giles! Vengan a despedirme cómodos. Además, no me están despidiendo, es más un “hasta luego”, si seguro la mayoría va a venir abajo conmigo. El resto sí se va a ir arriba con el Barba.

Estoy seguro de que los del gimnasio me vinieron a despedir por la comida. Están morfando sanguchitos y tomando café como nunca... Bien que cuando iban a casa y les ofrecía algo para comer se hacían los tímidos y decían que no querían nada.

Qué fenómenos los chicos de la Facultad, me vinieron a ver. Yo acá, en el cajón, más cómodo que cuando iba a dormir a sus casas. ¡Por Dios! Me hacían dormir en las camas más incómodas del planeta.

Lo que me causa mucha risa es mi abuelo, que con 90 años les quiere hacer creer a los otros viejos que yo era un genio en los estudios, que iba a mantener a la familia. ¡Viejo loco! Yo era flor de vago.

Por suerte ya se estaba terminando el velorio, menos mal. La verdad es que estoy muerto... muerto de sueño. Me acuesto tarde todos los fines de semana, ya me tocaba descansar. Seguro mi viejo en un futuro me cague a pedos. Dijo toda su vida que yo dormía la siesta y no estudiaba. Ahora me voy a ir a dormir y no me va a despertar y ni Dios.

El Ángel de Canterville

Federico Martínez Beligoy

El portal oscuro y tenebroso se cerró y un frío tiritante sucumbió el joven cuerpo de Virginia. El fantasma de Simón tomó cuerpo dejando atrás su condición etérea y soltando todo su cuerpo corporal, apoyó sus pies sobre el piso polvoriento de la caverna, liberando una efímera estela de tierra a su alrededor.

La joven, anonadada, dejaba entrever su incomodidad, algo que Sir Simón notó apresuradamente. Acercándose lentamente a Virginia, como tanteando en la penumbra, tomó su mano y le pidió calurosamente que se calmara. La invitó a sentarse en una pequeña silla de madera apoyada contra una pared y comenzó a hablar.

—Pequeña, no te imaginas cuánto agradezco tu predisposición a acompañarme. El Ángel Gris no ha venido a buscarme porque fui castigado a penar eternamente por esta tierra hasta que me arrepienta por mis crímenes. El asesinato de mi esposa y las acciones que mi espectro causó en los distintos habitantes de la mansión, me costaron la aceptación en el descanso eterno. Lo cierto es que mi cuerpo físico, mis seniles huesos, yacen en esta oscura y solitaria habitación, atado con cadenas por voluntad propia. Es el precio que decidí pagar por la culpa.

—Pero Sir Simón —intercedió Virginia —¿cómo es que semejante castigo es correspondido por un castigo mayor? ¿Acaso el descanso eterno es privilegio del capricho del Ángel de la Muerte? ¿Acaso no contempla su arrepentimiento?

—Mi niña —respondió Simón con gesto paternal—mi crimen es tan aberrante como ese capricho. No es el castigo lo que me quita el sueño, porque estoy dispuesto a ser penado por la eternidad misma. Mi desdicha es no poder acceder a mi difunta esposa y pedirle las disculpas pertinentes. Durante más de trescientos años intenté ocupar mi tiempo aventurándome en la diversión del temor ajeno, pero en la soledad de este castillo comprendí que aquello de lo que me jactaba era aun menos terrible que mi condición de vagabundo solitario. Prefiero ceder a mis travesuras que continuar en la soledad eterna.

—Entiendo, señor —dijo Virginia—pero, ¿de qué sirve el castigo si el verdugo no admite redención? ¿De qué sirve la penitencia si el castigo no admite al castigado? Usted debe encontrar paz y consuelo en el arrepentimiento, sino ¿de qué manera sorteamos nuestras acciones reprobables?

—Si debo padecer una eternidad, querida Virginia, por mi aberrante crimen, estoy dispuesto a hacerlo. Mi única demanda es volver a ver, aunque sea una vez, a mi amada esposa, y decididamente solicitaré mi perdón y me arrepentiré ante sus ojos.

En ese momento, una lágrima de sinceridad partió de los ojos de Sir Simón deslizándose súbitamente por sus mejillas, aunque lo único que se veía en la oscuridad era un leve brillo empapado por un claro de luna que entraba por un pequeño agujero.

Virginia se compadeció y, sin dudarlo, lo abrazó. En el acto, una luz empezó a emanar desde los recónditos huecos de los ladrillos de la habitación. Una silueta de color gris salió a través del incandescente brillo y se acercó a ellos, estrechando sus brazos hacia Sir Simón Canterville. Era el Ángel, anunciando la hora de descansar.

No puede ser cierto

Jenny Morán

Estábamos por entrar a rendir el segundo parcial del Taller de Escritura I. Laura estaba muy preocupada porque sabía que no había leído todos los textos. La mayoría no estaba tan distendida como todas las clases. Siempre las instancias de evaluación vuelvan a la gente más seria y aburrida. Tal vez esa sensación de ser evaluado genera esos escenarios.

Julia llegó con una historia para contar, como todas las clases, pero nadie le prestó atención. La preocupación era repasar antes del examen. Releyendo los textos, escuchaba a Juli riéndose y diciendo que los chicos de la Walsh se habían vuelto locos. Afirmaban que había una especie de globo aerostático en el cielo, que cambiaba de colores y tenía una estructura metálica en su base.

Al rato llegó Lucio. Estaba aterrorizado y comentaba que no se iba a quedar a rendir. Estaba algo y decía que había visto unas luces raras por la zona donde se estacionaban los autos. Lo llamativo radicaba en que Lucio era un chico de pocas palabras que siempre se mostraba muy centrado durante toda la cursada. Sin embargo, la actitud de él no tuvo demasiado efecto en la comisión.

Comenzamos con el parcial y escuchamos un estruendo muy fuerte. Un compañero rogó que ese no fuera su auto y se asomó corriendo a la ventana. Al posicionarse cerca del ventanal, se agarró la cabeza y salió corriendo. Al resto de la clase le costaba concentrarse y los estruendos comenzaron a repetirse. Todo fue una excelente excusa para que, tímidamente, se empezara a luchar por la suspensión del parcial.

De repente, un zumbido muy fuerte comenzó a retumbar en el aula y gritos desgarradores se escuchaban del otro lado. Los tubos de luz y los termos de mate estallaron en mil pedazos. La puerta se abrió y una especie de serpiente enorme comenzó a avanzar rápidamente. Tenía cabeza humana y una expresión de enojo. Tuve que refregarme los ojos, lo que estaba viendo no podía ser cierto.

Esa criatura envolvió a un compañero que quedó próximo a la puerta. Lo vimos ahogarse, ese bicho lo había envuelto como una anaconda. En ese momento, entendí que no había necesidad de pellizcarme. Esas películas y libros de ciencia ficción de los cuales me burlaba, se convertían en mi realidad inmediata.

Luego de eso episodio, un chico se desesperó y rompió la ventana. Se cortó el cuerpo, pero salió corriendo con dificultad. El resto del grupo siguió el mismo camino, hasta que vio que el joven había sido atrapado por otra de estas criaturas. Parecía que, de repente, la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, haciendo honor a su nombre, era el escenario de la noticia más relevante de la historia. Era imposible escapar, esos monstruos estaban por todas partes. Envolvían a los estudiantes y los ahogaban en menos de veinte segundos.

El primero en escapar no fue escuchado por nadie, lo tomaron por loco. Un grupo que logró huir quiso pedir ayuda en una casa, pero creyeron que eran ladrones y llamaron a la policía. Llegó el patrullero y vio lo que sucedía en la Facultad, pero cuando llamaron a la comisaría, todos pensaron que era un chiste. Lo mismo sucedió con las veinte llamadas que se hicieron al 911.

La sociedad platense y luego el mundo entero, tomó dimensión del hecho cuando los videos, las fotos y todo lo que sucedía comenzó a circular en las historias de Instagram.

Al principio dudaron, pensaron que eran efectos especiales o una nueva noticia falsa. Pero lo llamativo fue que sólo surgió la posibilidad de la duda cuando lo vieron en las redes. Las esposas, hermanas y amigos vieron a sus seres queridos morir en *Instagram* y *Facebook*. Las redes sociales anunciaron la Tercera Guerra Mundial. Eso dijeron los libros.

El niño y su don

Lucas Nuñez

La historia comienza con el nacimiento de este niño llamado Tom, que es arrojado literalmente a la basura por su madre, que lo dejó huérfano al momento de su llegada al mundo. Pudo haber muerto, pero él eligió vivir. Tom es capturado por un hombre que lo llevó a un lugar espantoso donde lo maltrataban y lo querían matar. Los otros chicos que se

encontraban en el mismo lugar, un orfanato donde todos los chicos trabajaban como esclavos y no le daban mucha comida para que no se quisieran escapar por su propia fuerza.

El niño descubre que tiene el don de que solamente con su poder de olfato podía sentir olores y fragancias que lo pueden hacer ver más allá de sus ojos. Cuando ya de adulto es sacado del orfanato por un señor de gran pasar económico por su trabajo, que es crear fragancias, donde Tom se empieza a dar cuenta que las fragancias lo pueden y le encanta el lugar donde es llevado.

La mujer del hombre que lo recogió del lugar donde se encontraba lo mandó a la casa de un creador de fragancias que estaba casi en quiebra, obsesionado por crear una nueva fragancia de perfume.

Cuando Tom llegó a la casa de este señor, cumpliendo con el mandato que le hizo hacer la mujer, fue recibido por el perfumista que lo hizo esperar en su lugar de trabajo, donde él creaba sus fragancias. El chico vio que estaba en el lugar y en el momento deseado y empezó a mirar el lugar. Vio que había miles de fragancias distintas. Era un placer para él estar en ese lugar.

El perfumista bajó a atenderlo y el chico le comentó que él podía crear fragancias para la mejora de su negocio. Claro que el creador de perfumes lo miró y no le creyó. Es ahí cuando Tom se puso en acción, combinando fragancias sin ninguna medida que lo ayudara a poner la dosis justa y específica de cada ración. Solamente las combinaba con solo mirar el espacio del frasco. “Lo lograste”, le dijo el perfumista. “¿Cómo lo hiciste?”, le preguntó. “Si usted me contrata para trabajar, le muestro como lo hago”, respondió.

El perfumista aceptó con gusto. Fue así que le empezó a ir nuevamente bien en su tienda y Tom aprendió la fórmula que conocían solamente los que se dedicaban al rubro. Así empezó a cambiar la vida de Tom obsesionado con la fórmula que consistía en doce frascos de esencias puras. Pero Tom entendió mal el mensaje.

Para Tom cada persona tenía una esencia, sobre todo las mujeres. Fue así que empezó a matar mujeres vírgenes para capturar su esencia. Llegó a matar a doce. Le faltaba una más y lo logró. Consiguió trece esencias, pero a causa de muertes.

Fue preso pero tenía las trece fragancias que necesitaba. Era tan grande el poder que tenía lo que había creado que cuando fueron a buscarlo para matarlo con el uso de sus perfumes, el cual provocaba una sensación de placer en las personas que cuando llegaban a conocerla él podía dominarlos.

Tanto placer generaba el perfume, que lo veían como un ángel. Nadie lo quería matar porque no podían. Esa esencia hacía que los demás lo adoraran. Había llegado a ser tan poderoso ese perfume que cuando lo llevaron a al orca, con sólo flamear su pañuelo logró que lo vean como un ángel. Nadie podía con esa fragancia Tom tenía en sus manos el poder de conquistar el mundo. Pero cuando vio lo que causaba ese perfume, que no era para que lo vean así, sino para causar placer, no le gustó. Al momento de ahorcarlo, él notó que en la plaza municipal, todos empezaron a tener relaciones con todos, no importaba sexo y fue así que volvió a su lugar de nacimiento y se derramó el perfume en todo su cuerpo y todos lo mataron sin darse cuenta.

Así fue como Tom terminó sus últimos días de vida. Muerto por su propia fragancia.

Los sueños me lo advirtieron

Natalia Palavecino

Noemí tenía 24 años y estaba sola con dos niños. Vivía con su madre y hermanas. La madrugada del 3 de junio de 2007 se levantó asustada. Transpirando de los nervios fue hasta la cocina y se sentó mirando el reloj que daba las 4 de la mañana tratando de

entender lo que su mente le estaba haciendo. El sueño la paralizó por horas, fueron tres pesadillas juntas. Al amanecer necesitó contarle y lo describió en el desayuno.

En el primero era verano y a pesar de que ella jamás había estado en el mar, se encontraba allí. Una isla pequeña llena de personas que se divertían. La arena era blanca y tan clara del agua que lograba ver los pies de los hijos que jugaban alegremente en la orilla. Noemí sintió repentinamente la impresión de que algo iba a ocurrir. Comenzó a decirlo en voz alta pero nadie le creía. Enseguida levantó a sus dos hijos y los llevó a una capilla que había en la isla donde había en el techo un mástil. Esperó y esperó abrazando a sus dos hijos. A lo lejos logró ver una ola gigantesca que se acercaba a ellos. Noemí había conseguido una soga y un fuentón y cuando el agua tapó a todos allá ató el mástil a sus hijos y cuando el agua los tapó, subió a la superficie a respirar y con el fuentón llevó aire a los niños. Cuando la marea bajó habían desaparecido todos.

El segundo sueño fue en un pequeño parque rodeado por tres grandes montañas. En el centro se encontraba un parquecito con hamacas y bancos. Jamás Noemí había conocido alguna montaña ni bosque, pero podía sentir el fresco aroma a pino y veía y tocaba el verde césped como si fuera tan real. Sentada en un banco miraba como sus hijos jugaban tan alegremente y cómo las personas de allí se reían y hablaban pero de pronto sintió esa congoja y terrible sensación de que algo sucedía. Asustada gritó a las personas que algo pasaría y no le creyeron, así que agarró a sus hijos y subió a una de las montañas alzando a uno en sus brazos y el otro en la espalda. Llegó a la cima y se sentó. Esperó abrazando a sus hijos. De repente unos monstruos enormes salieron de adentro de la montaña y agarraban a los niños y los metían con una especie de tentáculos. Ella oía los gritos de terror hasta que no quedó nadie.

En el tercer sueño, y tal vez el más oscuro, Noemí se levantó temprano para ir al trabajo. Desayunaba con sus hermanas que iban a la secundaria y salieron a la parada de micro. Al cruzar la calle, un hombrecito pasó rápidamente, casi empujándola. Ella la miró pero no notó nada extraño ya que el hombrecito de pequeña estatura vestía de marrón tapando su rostro, descubriendo solamente sus ojos. Noemí asimiló que era viernes ya que casi siempre esa parada estaba vacía los viernes. Le desconcertó el hecho que había muchas personas. Al llegar el micro Sur, vio que estaba lleno y apuró a la gente para que entrasen sus hermanas. Ella esperaba el 214 para ir al trabajo. Llegó el micro lentamente y vacío. Casi al subir vio que en la rambla de la 60 estaba ese hombrecito caminando y detrás de una multitud de gente como si fueran periodistas buscando la primicia, el hombrecito la miró y tiró un manotazo a una mujer. Dentro de sus brazos salieron unas púas que le arrancaron íntegramente la piel a la mujer.

Cuando el micro daba vueltas la plaza vio que el hombrecito se había multiplicado y arrancaban las pieles a la gente. Escuchaba los gritos y en cada esquina había charcos de sangre. De repente sintió que entró a un túnel oscuro y llamó a su madre advirtiéndole sobre lo que sucedía y que no salga. Que los hijos dormían en la casa que iría en busca de sus hermanas.

Se cortó el teléfono y se sintió acostado en una cama fría y dura. No veía nada pero escuchó a alguien que le tomaba la mano y decía “shh, no te preocupes que yo te voy a cuidar, tranquila que estás a salvo”. Abrió los ojos y era el hombrecito que le repetía lo mismo. Ella, sin entender, le preguntaba dónde estaban sus hijos. Él le dijo que estaban bien, que el problema era ella y dónde estaba.

Esas tres pesadillas se transformaron en paradigma para Noemí. Habían pasado ya dos meses y no logró entender. Cada vez que lo contaba alguien le daba una interpretación distinta y tonta.

Casi llegando a agosto, un día hermoso y soleado se levantó con una angustia que le picaba la garganta y se conmovía tratando de no llorar. No entendía lo que sentía, era su día libre. Pero pasando casi la media mañana sintió que algo sucedería.

Sin pensar lo tomó a sus hijos y se fue al barrio El Carmen, donde vivía la abuela y tíos de sus hijos. Pasó la tarde alegremente con uno de los tíos. Le pidió permiso para llevarse a uno. Ella se negó. Al rato todos se iban, pero de repente el cielo se nubló y comenzó una tormenta sin dar aviso alguno. Ya casi nadie quedaba allí, las ráfagas de viento se incrementaron. Noemí agarró a sus hijos y salió de allí asustada ya que una casilla de madera negó que la tormenta que tenía encima la tirara.

Recordó el sueño y los dos primeros le decían que tenía que ponerse en resguardo. Salió corriendo de allí y en medio de la tormenta corrieron. Noemí sintió y vio una chapa volar por el lado suyo. Un poste de luz caer. Apretaba fuertemente la mano de los niños que lloraban del susto. Pudo refugiarse en una entrada de una casa totalmente mojados los tres. Ya estaba oscuro, no había nadie. Veía la calle llenarse de agua y con esa fuerza llenarse los autos.

Renací

Ezequiel Riveros

Hoy te voy a contar lo que pasa en mi mente. Tenía 16 años, jugaba al fútbol y entrenaba en el gimnasio. Cuando empecé me veía distinto, el espejo no reflejaba de mí lo que yo quería, lo que yo sentía de mi exterior. Lo que yo era, no era.

Hola, me presento. Me llamaba Mauro y ahora me llamo Debbie. Hoy te voy a hacer parte de mi historia. De lo duro y a la vez lo feliz que me hizo pasar por eso.

Como dije anteriormente a los 16 años empezó mi conflicto. Creo que mi entorno no me ayudaba en ese momento. Mi papá alcohólico, mi madre golpeada y con mis hermanos mayores ausentes en la situación.

Me sentía diferente a los otros chicos con los que frecuentaba el gimnasio y las demás actividades “de hombre”. En ese momento lo llamaban conflicto, lo que en verdad era lo contrario. Un conflicto de ese momento era mi familia que a pesar de que los amaba y amo no me ayudaban.

En la escuela la situación era compleja, yo era el que recibía los insultos y las risas de todos y todas mis compañerxs. Todos suponían por mí, por mi vida y mi sexualidad. Todos eran espectadores de todo lo que pasaba conmigo. Contar todo eso en mi clase era inútil. Mi papá lo que hacía era poner en tela de juicio mi sexualidad. Mi mamá tratando de ser comprensiva hacía lo mismo. Esas situaciones de dudas mezcladas con rechazo hacían que yo misma me rechace. Y eso sin decir que fui criado por la lógica de la iglesia cristiana. La lógica de que todo está bien mientras no seas gay, lesbiana, trans, etc.

Un día en el gimnasio me había dado cuenta de que unos chicos se reían de mí por el simple hecho de que para ellos el color rosa era de nena. Eso no termino ahí, lamentablemente tuvieron que expresar su disgusto hacia mí con golpes. Llegué a mi casa con un ojo cerrado de la hinchazón y el labio cortado. Entrar a mi casa era entrar al infierno para mí y esa noche no fue la excepción. Ver a mi mamá teniendo del cuello a mi mamá contra la heladera más todo lo anterior hizo que me estalle. De algún lugar saqué fuerzas y empujé a mi papá. En ese momento su cara cambió y desde ahí, gracias a la vida, dejó de consumir alcohol en exceso.

Lo difícil era confesar que me sentía Debbie y no Mauro, que para la iglesia era una abominación y para mí no era yo misma. Definitivamente eso era y fue lo difícil.

El momento fue muy tenso, mis padres sabían lo que les iba a decir así que demostraron su no predisposición. Cuando se los dije mi voz temblaba y mis ojos no contenían las lágrimas. Terminé de hablar y esperaba una respuesta. Mi mamá rompió en llanto como si yo hubiera muerto. Y mi papá con un golpe en la mesa que me sobresaltó dijo “vos no sos

más mi hijo; ya mismo te vas de mi casa”. Yo esperé una respuesta de mi madre pero ella sin interpretar se recostó sobre su hombro a llorar.

Nunca tan unidos como esa noche. Es una lástima que el recuerdo en el que más unidos los tengo sea así. Esa noche vagué por las calles de mi ciudad. En la mañana también y sólo una idea rondaba en mi mente. “¿Y si solamente es un etapa?”

No lloré, pero sentí que algo estaba mal en mí. Mis papás me echaron de “su” casa y no lloré. No sabía por qué. Algo impedía mi mal sentir con la situación, quizás eso que lo impedía era el sentirme yo misma.

Pasó el tiempo y Mauro falleció, pero no sufrió. Sólo decidió irse para darle lugar a Debbie. Hoy siento que el éxito está en todos los ámbitos de mi vida, pero siento que al expresar lo que realmente era fui más exitosa y soy más exitosa que todo lo que podía llegar a ser. Nunca más supe de mis papás y realmente tampoco quiero saber. Hoy yo mi madre y mi padre. Me pude autocrear y reconocí. Ah, y sí: me gusta hablar de mí en tercera persona.

Sesenta días de algo más

Giuliana Salas

Primero de enero de 2016. Tres de la madrugada y unos nervios que se nos salen por los poros. Estábamos más que listas para empezar.

Dormimos todo el camino, como si predijéramos lo poquísimo que íbamos a dormir los días siguientes. Llegamos y todos dormían. Emocionadas, y para bajar las ansias que nos movían el cuerpo, nos fuimos a recorrer la costanera. Subimos, bajamos, saltamos, corrimos. Me gasté los primeros veinte pesos de los únicos cien que había llevado para sobrevivir momentáneamente, en un helado.

Volvimos a “casa”, como le llamábamos a ese lugar los días que nos quedamos ahí. Ya estaban todos despiertos y almorzamos mientras nos daban las instrucciones para ese día. Llovía, así que no íbamos a ir a la playa y fuimos directo a la peatonal. A las seis de la tarde ya estábamos ahí y seguía lloviendo. Nos llevaron a un rincón donde nos presentaron al resto: dos chicas más de La Plata, tres rosarinos, dos de Capital Federal, dos mendocinos y un misionero. Nosotros formábamos el primer grupo y, a partir de ese momento, éramos la familia con la que íbamos a convivir.

Nos levantábamos a las doce, comíamos algo, nos cambiábamos y salíamos a la playa. Conocíamos gente a montones, todo el tiempo. Jugadores de fútbol, la selección de rugby de Uruguay, cantantes y bandas enteras. Nos encontrábamos con gente que hacía muchísimo no veíamos. A las seis ya volvíamos a casa para bañarnos, cambiarnos, cenar y volver a trabajar.

Todos los días aprendíamos algo nuevo, hasta en la famosa rutina. Aprendimos a respetarnos, a ser puntuales, a respetar los gustos de los demás y hacerles ver los errores de la mejor manera a gente que recién conocíamos.

El turno de la noche era el más duro, era hasta las tres de la madrugada. Terminábamos muertos, pero felices. Era un trabajo que de verdad se hacía con muchas ganas. Cada fin de turno para nosotros era una fiesta interna y grupal. Terminábamos e íbamos al bar a festejar.

Fueron sesenta días increíbles, lejos de casa, de mis amigos y mis cosas, pero llenos de nuevas experiencias, miedos, risas, llantos, despedidas y bienvenidas continuas. Sesenta días donde se dormía lo justo y necesario, donde la plata valía poco y no tenerla no nos hacía mal ni nos volvía locos. Fueron sesenta días distintos, sesenta días de algo más.

¿Vamos a jugar un juego?

Facundo Telleri

Un pibe, en pleno mes de julio, a las diez de la mañana, sentado en los peldaños del gran pórtico del Senado. Enfrente, justo en la esquina, está la confitería La París, muy conocida en La Plata.

—¡Qué aburrimiento no tener un mango, che!

—Mirá esa vidriera, qué rico comer una torta de esas.

—¿Y si pedimos las facturas de ayer?

—Me parece que la gorda que atiende no te da ni las de antes de ayer.

La garúa caía. El cielo se tornaba cada vez más gris. Las señoras y los señores tomaban su café caliente y devoraban las delicias de crema, chocolate y dulce de leche.

— ¿Vamos a jugar un juego?

—Che, no está para juegos.

—Viste que dicen que la vida es azar, o algo así, no sé... Bueno, yo pensé en algo para poner a prueba estas cosas, ¿viste?

—¿Qué?

—Vos escuchá. Entramos a la confitería, le pedimos facturas de ayer o algo que no coman las viejas copetudas y si nos dan nos vamos...

—¿Y si no?

—Las afanamos. Eso es azar. Está en ellos. Si nos dan, nos vamos. Mirá, tengo una navaja, está oxidada, pero qué más da.

—No sé, loco...

—¿Seguimos con el azar?

—Dale, a ver.

—Tiro esta moneda de cincuenta centavos. Elegí: ¿cara o ceca?

—Cara.

—Bueno. Si sale cara nos vamos a la confitería y pedimos. Si no nos dan nada nos vamos y ya está, todo sigue igual...

—¿Y si sale ceca?

—Entramos, pedimos y si la gorda o los mozos se hacen los boludos, los...

—No sé.

—Dale, loco. Por algo se empieza, yo no tuve suerte en la vida. ¿Qué hora es? Es hora de poner la suerte a prueba. Que gire la tómbola. La tiro. Vos elegiste cara, ¿no?

—Sí, dale.

El viaje de la discordia

Mario Triviño

Fue hace unos años en un viaje de vacaciones que jamás olvidaré por el resto de mi vida. Era un trayecto muy largo (2400 kilómetros). El tema fue el siguiente: tenía que salir a una hora determinada y por algunas cosas me atrasé cinco minutos. Y cuando llegué a la terminal el bus ya había salido. Me agarró tal desesperación que me tomé un taxi para poder alcanzar el micro que había perdido.

Lo logré en el peaje de la panamericana, pero ahí comenzó la discusión. Resulta que el pasaje mío, lo habían vendido y habían pensado que yo no llegaba. Pero tenía los pasajes en mi poder y por suerte logré que me llevaran. Sin embargo, el gran problema era que no tenía asiento. Por lo que tuve que hacer una gran cantidad de kilómetros parado.

Fue el peor viaje de mi vida, pero dentro de mi enojo la pasé muy bien con gente copada que me hizo olvidar el mal momento vivido. Cuando llegué a destino les conté a mis

familiares y amigos lo sucedido. No lo podían creer y se rieron mucho (yo no) pero fue un recibimiento muy bueno con tragos, comida y buena música. El gusto queda, el dolor pasa.

Muerto al nacer

Nicolás Troncoso

Cuesta imaginar un escenario peor en el cual haya nacido Jean Baptiste. Desde el instante que su madre lo dio a luz, sus cinco sentidos descubrieron la repugnante realidad: la oscuridad de la tienda, el hedor de los pescados y los desperdicios a los que fue arrojado en el parto, el ruido de la muchedumbre que se agolpaba dentro del precario puesto y vociferaba “¡asesina!” a la mujer que huía, abandonando a su quinto hijo sin siquiera tocarlo, dejándole el amargo sabor del desamparo.

Su progenitora recibió el castigo: semejante desprecio a la vida debe pagarse con la propia. Y el destino de nuestro desgraciado protagonista no podía ser otro que un hospicio, como sucedía con tantos otros niños.

La infancia no mejoró su suerte: apenas nutrido, sin recibir ningún tipo de enseñanza intelectual, víctima de abusos y vejaciones por parte de los encargados del orfanato hacía de su vida un suplicio. Pero un día la oportunidad llamó a al puerta.

Marcel, un antiguo pastelero parisino, se presentó ante el hogar de niños solicitando a Marie Claire, la directora, la mano de obra de tres jóvenes para su negocio. En ese entonces, Jean tenía 7 años y fue uno de los nominados, junto a Claude y Valeria, de 8 y 6, respectivamente.

Su nueva vida lo llenó de ilusión. Al fin podría cambiar su desdicha. Se imaginó produciendo para el benéfico Marcel, ese anciano que tan noblemente lo había elegido e iluminó su existencia.

La posibilidad del mundo feliz se desvaneció apenas llegado a lo que sería su destino final. La tragedia estaría signada desde el inicio hasta el último de los días (que no fueron muchos) de Jean Baptiste. La *boulangerie* del *pâtissier* Marcel era un reducto de la más cruel esclavitud: doce niños que no superaban los 10 años trabajaban día y noche, recibiendo apenas migajas de lo elaborado que les bastaba para mantenerse en pie y producir.

Poco a poco comenzó a añorar su suerte en el orfanato. Al menos allí, entre todas las miserias, podía descansar. Ahora no hacía más que esperar el descanso eterno.

Doce meses empleando su energía al servicio de su dueño erosionaron el pequeño cuerpo del niño que naturalmente produjo un declive en su calidad productiva. Advirtiendo esta situación, Marcel se ocupó de él. Se acercó, pasó un brazo sobre los hombros de Jean y con las mismas manos que decoraban pomposas tortas y pasteles presionó fuertemente su cuello, poniendo fin al martirio: ya estaba sentenciado.

No se trataba de un aviso clasificado

Romina Yañez

Todo comenzó con la lectura de un aviso clasificado. El deseo de imprimir algunos cambios en el rumbo de mi vida me llevó a sumergirme en el mensaje que contenía aquel pequeño texto. Por medio de una escasa cantidad de palabras, un hombre ofrecía un departamento en alquiler. No dudé en comunicarme con él y acordamos reunirnos en su casa a las nueve y cuarto de la noche del jueves.

Llegué puntual, tal como me lo había pedido, y golpeé suavemente la imponente puerta de madera de aquella casa excéntrica. Por una diminuta ventana enrejada, apareció él. A

pesar de la calvicie y la expresión de su rostro, transmitía la amabilidad y la bondad que puede irradiar cualquier abuelito de bastón que pasea por los parques.

Abrió la puerta e ingresamos a una sala apenas iluminada por una pequeña lámpara que permitía reconocer la antigüedad de los muebles que se encontraban en la habitación. Cerca de la lámpara había una silla mecedora en la que se sentó y comenzó a hamacarse lentamente.

Observé a mí alrededor y pude reconocer una gran cantidad de estatuillas y estampitas de santos y vírgenes que habitaban aquel lugar. Me senté frente a él y comenzamos a charlar. A medida que avanzaba nuestra conversación acerca de lo que yo creía con certeza, que ese iba a ser mi próximo hogar, él comenzó a recorrer la habitación. Se movía dando pasos suaves y con una lentitud que me incomodaba. Rodeaba una y otra vez la vieja silla en la que me encontraba rígida, sospechando cada vez más de sus movimientos.

Mi temor crecía cada vez más y a cada minuto sentía mayores dificultades para ocultarlo. Comenzó a acercarse su rostro hacia el mío. Yo no podía mirarlo. Me tomaba del cabello haciendo un suave y siniestro movimiento hacia atrás. Destilaba una forma de violencia tan sutil, pero a la vez tan perceptible, que no podría asegurar si me generaba temor o asco. No hablaba. Sólo usaba sus manos frías y arrugadas para tocar mis mejillas y mentón. Su respiración se agitaba y llegué a sentir la putrefacción que despidió su aliento. Permanecí inmóvil; no era capaz de intentar nada contra él.

Aquel rostro ya no se asemejaba en nada al del hombre que me había abierto las puertas de aquel infierno. Noté las marcas que abrían grandes surcos, sobre todo en su frente, y el tamaño agigantado de sus ojos que no dejaban de intimidarme, aterrorizarme y producirme el desprecio que jamás había sentido por alguien. Sólo podía pensar en lo mucho que lo estaba odiando; aún sin decir una palabra, lograba acorralarme en el más oscuro temor.

La mano que tenía sobre mi rostro recorría mi piel helándome la sangre. Con la que le quedaba libre, me recorrió el brazo izquierdo hasta tomar mi mano. Ya no pude dejar de temblar. Él seguía sin emitir sonidos y yo sentía que la lámpara iluminaba cada vez menos. Pensé que era momento de ser valiente, pero en tono de súplica, murmuré:

—Necesito salir de este lugar.

Me miró fijo y susurró entre risas:

—Ya tendrás tiempo para pensar cómo escaparte.

Sólo tengo ese recuerdo. Desperté en la habitación desde la que estoy escribiendo esto.

La libertad más que nada

Pablo Yeza

Dantés conquista la libertad. La isla es testigo cuando lo sorprende el alba y el mar. Pasa catorce años cruciales y aprende de las más duras lecciones que pueda tocarle al ser humano en privación total de sus más sacros derechos en aquella caverna. Volvía a nacer este hombre al recordar las enseñanzas del que fuera su compañero de prisión que no cesó hasta el último día de su vida en darle esperanzas de que la libertad llegara...

El hombre libre no fue a tomar el tesoro que se ostentaba frente a él, tal cual se ubicaba en el mapa que llevaba consigo, pues, puso las manos en el corazón y exclamó: “¡La mayor riqueza me la gané al precio más alto y en honor a los consejos y sobre todas las cosas, por la dignidad humana, de aquí en adelante lucharé por un mundo más justo y sin venganza alguna a los que tanto me odiaron!”.

Dantés aplicó sus conocimientos adquiridos durante el curso que le tocó estar en prisión: ciencias políticas, economía, comunicación, entre otros. Trabajó en organizaciones sociales y gubernamentales y como líder fue extraordinario y muy querido por todos.